

**Gustavo Adolfo Bécquer**

**Rimas**

Windmills Editions  
California - USA

## ***Rimas***

Autor: Gustavo Adolfo Bécquer

Writing: 2013

Edition Copyright 2015: Gustavo Adolfo Bécquer

Diseño de Portada: WIE

Dirección General: Cesar Leo Marcus

Windmills International Editions, Inc.

www.windmillseditions.com

windmills@windmillseditions.com

### ***Renuncia de Responsabilidad:***

Windmills International Edition Inc., sus directores, empleados y colaboradores, no se responsabilizan del contenido de este libro. Los puntos de vista, opiniones y creencias, expresados en el mismo, representan exclusivamente, el pensamiento del autor, y propietario del Copyright.

### ***Todos los derechos reservados***

Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

### ***All Rights Reserved***

It is a crime the total or partial reproduction of this book, his computer treatment, nor the transmission of any form or for any way, already be electronic, mechanical, neither for photocopy, for record or other methods, his lending, rent or any other form of transfer of use of the copy, without the previous permission and in writing of the holder of the Copyright. Only, they can play the same partial paragraphs with reference to the title and author



### **Gustavo Adolfo Bécquer**

Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida  
Sevilla (17-2-1836) - Madrid (22-12-1870)

Poeta y narrador español, perteneciente al movimiento del Romanticismo, asociado igualmente con el movimiento posromántico.

Aunque en vida logró cierta fama, solo después de su muerte y alcanzó el prestigio que hoy se le reconoce. Sus poemas e historias son esenciales para el estudio de la literatura hispana, sobre la que ejercieron posteriormente una gran influencia.

Hijo del pintor José Domínguez Insausti, conocido como José Domínguez Bécquer y de Joaquina Bastida Vargas. Descendía de una noble familia de comerciantes de origen flamenco, los Becker o Bécquer, establecida en la capital andaluza en el siglo XVI; de su prestigio da testimonio el hecho de que poseyeran capilla y sepultura en la catedral misma desde 1622. Tanto Gustavo Adolfo como su

hermano, el pintor Valeriano Bécquer, adoptaron Bécquer como primer apellido en la firma de sus obras.

A la muerte de sus padres en 1847 va a vivir con su madrina, Manuela Monnehay Moreno, joven de origen francés y acomodada comerciante, cuyos medios y sensibilidad literaria le permitían disponer de una mediana pero selecta biblioteca poética. En esta biblioteca empezó Gustavo Adolfo a aficionarse a la lectura y pintura.

Inició entonces estudios de pintura en los talleres de Antonio Cabral Bejarano, y más tarde en el de su tío paterno Joaquín Domínguez Bécquer, que le pronosticó «Tú no serás nunca un buen pintor, sino un mal literato», aunque le estimuló a los estudios y le pagó los de latín. Tras ciertos escauceos literarios (escribe en *El trono* y la nobleza de Madrid y en las revistas sevillanas *La Aurora* y *El Porvenir*), en 1854 marchó a Madrid con el deseo de triunfar en la literatura. Sufrió una gran decepción y sobrevivió en la bohemia de esos años. Para ganar algún dinero el poeta escribe, en colaboración con sus amigos (Julio Nombela y Luis García Luna), y bajo el seudónimo de Gustavo García, comedias y zarzuelas como *La novia y el pantalón* (1856), en la que satiriza el ambiente burgués y antiartístico que le rodea, o *La venta encantada*, basada en *Don Quijote de la Mancha*. Ese año fue con su hermano a Toledo, un lugar de amor y de peregrinación para él, a fin de inspirarse para su futuro libro *Historia de los templos de España*. Le interesan por entonces el Byron de las *Hebrew Melodies* o el Heine del *Intermezzo* a través de la traducción que Eulogio Florentino Sanz realiza en 1857 en la revista *El Museo Universal*.

Fue precisamente en ese año, 1857, cuando apareció la tuberculosis que le habría de enviar a la tumba. Ese año empieza un ambicioso proyecto inspirado por El genio del Cristianismo de Chateaubriand: estudiar el arte cristiano español uniendo el pensamiento religioso, la arquitectura y la historia:

Hacia 1858 conoció a Josefina Espín, una bella señorita de ojos azules, y empezó a cortejarla; pronto, sin embargo, se fijó en la que sería su musa irremediable, la hermana de Josefina y hermosa cantante de ópera Julia Espín, en la tertulia que se desarrollaba en casa de su padre, el músico Joaquín Espín, maestro director de la Universidad Central, profesor de solfeo en el Conservatorio y organista de la Capilla Real, protegido de Narváez.

Gustavo se enamoró (decía que el amor era su única felicidad) y empezó a escribir las primeras Rimas, como Tu pupila es azul, pero la relación no llegó a consolidarse porque ella tenía más altas miras y le disgustaba la vida bohemia del escritor, que aún no era famoso; Julia dio nombre a una de las hijas de Valeriano. Durante esta época empezó a escuchar a su admirado Chopin.

El 19 de mayo de 1861 contrae matrimonio con Casta Esteban y Navarro, en 1862 nació su primer hijo, Gregorio Gustavo Adolfo, en 1867 su segundo hijo, Jorge Bécquer, en diciembre de 1868 nace su tercer hijo, Emilio Eusebio, creando una tragedia conyugal, pues se supone que este último hijo es de un amante que tenía Casta.

Posiblemente a causa de un enfriamiento invernal en la primera quincena de diciembre de 1870, su ya precario estado de salud se

agrava, y muere el 22 de dicho mes, coincidiendo con un eclipse total de sol.

En los días de su agonía, pidió a su amigo el poeta Augusto Ferrán que quemase sus cartas («serían mi deshonra») y que publicasen su obra («Si es posible, publicad mis versos. Tengo el presentimiento de que muerto seré más y mejor conocido que vivo.

A la salida del funeral el pintor Casado del Alisal propuso a varios de los asistentes la publicación de las obras, a los dos días, se celebró a la una de la tarde del 24 de diciembre de 1870 una reunión en su estudio de pintura y se acordó una suscripción pública para recaudar fondos.

Ese propósito respondía a dos motivos: por un lado honrar al amigo fallecido y por otro ayudar económicamente a la mujer e hijos de Bécquer. Bécquer le debe a Casado del Alisal su gloria literaria, ya que sus obras podrían haber sido olvidadas de no ser por la decisión de Casado, tal y como corrobora Rafael Montesinos en su libro Bécquer, biografía e imagen.

Ferrán y Correa trabajaron de inmediato a preparar la edición de las Obras completas que fueron publicadas en 1871 en dos volúmenes y en sucesivas ediciones fueron añadidos otros escritos.

## Introducción sinfónica

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida a esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes a dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a la de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse al beso del sol en flores y frutos.

Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche, que a la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones, y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en terrible, aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por donde salir a la luz, de las tinieblas en que viven. Pero, ¡ay, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra tímida y perezosa se niega a secundar sus esfuerzos! Mudos, sombríos e impotentes, después de la inútil lucha vuelven a

caer en su antiguo marasmo. Tal caen inertes en los surcos de las sendas, si cae el viento, las hojas amarillas que levantó el remolino.

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres: ellas son la causa desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí: paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término y a éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya, como las raquílicas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia, disputándose los átomos de la memoria, como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso a las aguas profundas, que acabarán por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Anda, pues! andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables. Os vestirá, aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estrofa tejida de frases exquisitas, en las que os pudierais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. ¡Mas es imposible!

No obstante necesito descansar: necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo, por cuyas hinchadas venas se precipita la sangre



con pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente a contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que avienta por el aire la muerte antes que su Creador haya podido pronunciar el fiat lux que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos en extravagante procesión, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque a la vida de la realidad del limbo en que vivís, semejantes a fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan a la vez que el instrumento las ignoradas notas que contenía. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido común, que es la barrera de los sueños, comienza a flaquear y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué casos he soñado y cuáles me han sucedido; mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales; mi memoria clasifica, revueltos nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado con los de días y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándoos de la cabeza de una vez para siempre.

Si morir es dormir, quiero dormir en paz en la noche de la muerte sin que vengáis a ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido. Id, pues, al mundo a cuyo

contacto fuisteis engendrados, y quedad en él como el eco que encontraron en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje; de una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanqui, el tesoro de oropes y guñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

### **La mujer de piedra (Fragmento)**

Yo tengo una particular predilección hacia todo lo que no puede vulgarizar el contacto o el juicio de la multitud indiferente. Si pintara paisajes, los pintaría sin figuras. Me gustan las ideas peregrinas que resbalan sin dejar huella por las inteligencias de los hombres positivistas, como una gota de agua sobre un tablero de mármol. En las ciudades que visito busco las calles estrechas y solitarias: en los edificios que recorro los rincones oscuros y los ángulos de los patios interiores donde crece la yerba, y la humedad enriquece con sus manchas de color verdoso la tostada tinta del muro; en las mujeres que me causan impresión, algo de misterioso que creo traslucir confusamente en el fondo de sus pupilas, como el resplandor incierto de una lámpara que arde ignorada en el santuario de su corazón, sin que nadie sospeche su existencia; hasta en las flores de un mismo arbusto creo encontrar algo de más pudoroso y excitante en la que se esconde entre las hojas y allí, oculta, llena de perfume el aire sin que la

profanen las miradas. Encuentro en todo ello algo de la virginidad de los sentimientos y de las cosas.

Esta pronunciada afición degenera a veces en extravagancia y sólo teniéndola en cuenta podrá comprenderse la historia que voy a referir.

## I

Vagando al acaso por el laberinto de calles estrechas y tortuosas de cierta antigua población castellana, acerté a pasar cerca de un templo en cuya fachada el arte ojival y el bizantino, amalgamados por la mano de dos centurias, habían escrito una de las páginas más originales de la arquitectura española. Una ojiva, gallarda y coronada de hojas de cardo desenvueltas, contenía la redonda clave del arco de la iglesia, en la que el tosco picapedrero del siglo XII dejó esculpidas, en interminables hileras de figuras enanas y características de aquel siglo, las más extrañas fantasías de su cerebro, rico en leyendas y piadosas tradiciones. Por todo el frente de la fachada se veían, interpolados con un desorden, del cual no obstante resultaba cierta inexplicable armonía, fragmentos de arcadas románicas incluidas en lienzos de muro, cuyos entrepaños dibujaban las descarnadas líneas de los pilares acodillados, con sus basas angulosas y sus capiteles de espárrago, propios del género gótico; trozos de molduras compuestas de adornos circulares combinados geoméricamente que se interrumpían a veces para dejar espacio a la ornamentación afiligranada y ondeante de una ventana de arco apuntado, enriquecido de figurinas más airosas y altas, y adornada de vidrios de colores.

Adonde quiera que se fijaban los ojos, podían observarse detalles delicados de los dos géneros a que pertenecía el edificio y muestras de la feliz alianza con que la generación posterior supo, imprimiéndole su sello especial, conservar algo de la fisonomía y el espíritu severo y sencillo en su tosquedad, del primitivo monumento.

Siguiendo una invariable costumbre mía, después de haber contemplado atentamente la fachada del templo, de haber abarcado el conjunto del pórtico, con la cuadrada torre bizantina y las puntas de las agudas flechas ojivales que coronaban, flanqueándola, la cúpula de la nave central, comencé a dar vueltas alrededor de su recinto, inspeccionando sus muros, que ora, se presentaban en lienzos de prolongadas líneas, ora se escondían tras algunas miserables casuquillas adosadas a los sillares, para asomar mar a lo lejos sus dentelladas crestas por cima de los humildes tejados. A poco de comenzada esta minuciosa inspección de la parte exterior del templo, y habiendo cruzado por debajo de un pasadizo cubierto que, a manera de puente, unía la iglesia a un antiguo edificio contiguo a ella, me encontré en una pequeña plaza de forma irregular, cuyo perímetro dibujaban por un lado la antiquísima portada de un palacio en ruinas, y por otro las altas y descarnadas tapias del jardín de un convento; ocupando el resto y cerrando el mal trazado semicírculo de aquella placeta sin salida, parte de la vetusta muralla romana de la población y el ábside del templo que acababa de admirar, ábside maravilloso de color y de formas, y en el cual, satisfecho sin duda el maestro que lo trazó, al verle tan gallardo y rico de líneas y accidentes, empleó para

ejecutarle los más hábiles artífices de aquella época, en que era vulgar labrar la piedra con la exquisita ligereza con que se teje un encaje.

Por grande que sea la impresión que me causa un objeto, expuesto de continuo a la mirada del vulgo, parece como que la debilita la idea de que aquella impresión tengo que compartirla con muchos otros. Por el contrario, cuando descubro un detalle o un accidente que creo ha pasado hasta entonces desapercibido, encuentro cierta egoísta voluptuosidad en contemplarle a solas, en creer que únicamente para mí existe guardado, para que yo lo aspire y goce un delicado perfume de virginidad y misterio. Al encontrar en el ángulo de aquella pequeña plaza, cuyo piso cubierto de menuda yerba indica bien a las claras su soledad continua, el cubo de piedra, flanqueado de arbotantes terminados en agudos pináculos de granito, que constituía el ábside o parte posterior del magnífico templo, experimenté una sensación profunda, semejante a la del avaro que, removiendo la tierra, encuentra inopinadamente un tesoro. Y en efecto, para un entusiasta por el arte, aquel armonioso conjunto de líneas elegantes y airosas, aquella proporción de ojivas rasgadas y llenas de delicadas tracerías, por entre cuyos huecos se dibujaban confusamente los vidrios de color, enriquecidos de imágenes, hojas revueltas y blasones heráldicos, junto con las grandes masas de sombra y luz que ofrecían los pilares, al presentarse iluminados de una claridad dorada, mientras bañaban los muros con sus anchos batientes azulados y ligeros, constituían una verdadera maravilla.

Largo rato estuve contemplando obra tan magnífica, recorriendo con los ojos todos sus delicados accidentes y

deteniéndome a desentrañar el sentido simbólico de las figurillas monstruosas y los animales fantásticos, que se ocultaban o aparecían alternativamente entre los calados festones de las molduras. Una por una admiré las extrañas creaciones con que el artífice había coronado el muro para dar salida a las aguas por las fauces de un grifo, de una sierpe, de un león alado o de un demonio horrible con cabeza de murciélago y garra de águila; una por una estudié asimismo las severas y magníficas cabezas de las imágenes de tamaño natural que, envueltas en grandes paños, simétricamente plegados, custodiaban inmóviles el santuario, como centinelas de granito, desde lo alto de las caladas repisas que formaban, al unirse y retorcerse entre sí las hojas y los nervios de los pilares exteriores. Todas ellas pertenecían a la mejor época del arte ojival ofreciendo en sus contornos generales, en la expresión de sus rostros y en la propia y acentuada plegaría de sus ropas el modelo perfecto del misterioso canon establecido por los ignorados escultores que, siguiendo una tradición que arranca de las logias germanas, poblaron de un mundo de piedra las catedrales de toda la Europa. Heraldos con blasonadas casullas, ángeles con triples alas, evangelistas, patriarcas y apóstoles llamaban hacia sí, por sus imponentes o graciosas formas, por sus cualidades de ejecución o de gallardía, la atención y el estudio del que los contemplaba; pero y entre todas estas figuras una fue la que logró impresionarme con una impresión semejante a la que al descubrirlo me produjo el ábside de la iglesia: una figura que parecía reconcentrar todo el interés de aquella máquina maravillosa, para la cual parecía levantada la mejor y más hermosa parte del monumento como pedestal de una estatua o marco

de un cuadro de la cual podía decirse era la pudorosa flor que, escondida entre las hojas, perfumaba de misterio y poesía aquella selva petrificada y apocalíptica, en cuyo seno y por entre las guirnaldas de acanto, los tréboles y los cardos puntiagudos pululaban millares de criaturas deformes, reptiles, sierpes, trasgos y dragones con alas membranosas e inmensas.

Yo guardo aún vivo el recuerdo de la imagen de piedra, del rincón solitario, del color y de las formas que armoniosamente combinadas formaban un conjunto inexplicable; pero no creo posible dar con la palabra una idea de ella, ni mucho menos reducir a términos comprensibles la impresión que me produjo.

Sobre una repisa volada, compuesta de un blasón entrelazado de hojas y sostenido por la deforme cabeza de un demonio, que parecía gemir con espantosas contorsiones bajo el peso del sillar, se levantaba una figura de mujer esbelta y airosa. El dosel de granito, que cobijaba su cabeza, trasunto en miniatura de uno de esas torres agudas y en forma de linterna que sobresalen majestuosas sobre la mole de las catedrales, bañaba en sombra su frente. Una toca plegada recogía sus cabellos de los cuales se escapaban dos trenzas, que bajaban ondulando desde el hombro hasta la cintura, después de encerrar como en un marco el perfecto óvalo de su cara. En sus ojos modestamente entornados parecía arder una luz que se transparentaba al través del granito; su ligera sonrisa animaba todas las facciones del rostro de un encanto suave, que penetraba hasta el fondo del alma del que la veía, agitando allí sentimientos dormidos, mezcla confusa de impulsos de éxtasis y de sombras de deseos indefinibles...

El sol, que doraba las agudas flechas de los arbotantes, que arrojaba sobre el templo el dentellado batiente de las almenas del muro y perfilaba de luz el ennegrecido y roto blasón de la casa solariega, que cerraba uno de los costados de la plaza, comenzó poco a poco a ocultarse detrás de una masa de edificios cercanos. Las sombras tendidas antes por el suelo y que insensiblemente se habían ido alargando hasta llegar al pie del ábside, por cuyos lienzos subían como una marea creciente, acabaron por envolverle en una tinta azulada y ligera. La silueta oscura del templo se dibujó vigorosa sobre el claro cielo del crepúsculo que se desarrollaba a su espalda limpia y transparente como esos fondos luminosos que dejan ver por un hueco las tablas de los antiguos pintores alemanes. Los detalles de la arquitectura comenzaban a confundirse, los ángulos perdían algo de la dureza de sus cortes a bisel, las figuras de los pilares se dibujaban indecisas, como fantasmas sin consistencia, envueltas en la oscuridad que arrojaban sobre ellas los monumentales doseles.

Inmóvil, absorto en una contemplación muda, yo permanecía aún con los ojos fijos en la figura de aquella mujer, cuya especial belleza había herido mi imaginación de un modo tan extraordinario. Parecíame a veces que su contorno se desfumaba entre la oscuridad, que notaba en toda ella como una imperceptible oscilación, que de un momento a otro iba a moverse y adelantar el pie que se asomaba por entre los grandes pliegues de su vestido al borde de la repisa.

Y así estuve hasta que la noche cerró por completo. Una noche sin luna, sin más que una confusa claridad de las estrellas que apenas bastaba a destacar unas de otras las grandes masas de construcción que



cerraban el ámbito de la plaza. Yo creía, no obstante, distinguir aún la imagen de la mujer entre las tinieblas. Más no era verdad. Lo que veía de una manera muy confusa era el reflejo de aquella visión, conservada por la fantasía, porque cuando me separé de allí aún creía percibirla flotando delante de mí entre las espesas sombras de las torcidas calles que conducía a mi alojamiento.

## II

Por qué durante los catorce o quince días que llevaba de residencia en aquella población, aunque continuamente estuve dando vueltas sin rumbo fijo por sus calles, nunca tropecé con aquella iglesia y aquella plaza, y desde la tarde en que la descubrí, todos los días fuera el que fuese el camino que emprendiera siempre iba a dar a aquel sitio, es lo que yo no podré explicar nunca, como nunca pude darme razón cuando muchacho por qué para ir a cualquier punto de la ciudad donde nací eran preciso pasar antes por la casa de mi novia. Pero ello era que unas veces de propósito hecho, otras por casualidad, ya porque por las mañanas se tomaba bien el sol contra la tapia del convento, ya porque al caer la tarde de un día nebuloso y frío se sentía allí menos el embate del aire diariamente, y a todas horas podía encontráraseme frente al ábside de la iglesia, sentado en algunas piedras amontonadas al pie del arco de la antigua casa solariega, y con los ojos clavados en aquella figura que parecía atraerme así con una fuerza ir- resistible.

Más de una vez, deseando llevar conmigo un recuerdo de ella, intenté copiarla. Tantas como lo intenté rompí en pedazos el lápiz y maldije de la torpeza de mi mano, inhábil para fijar el esbelto contorno

de aquella figura. Acostumbrado a reproducir el correcto perfil de las estatuas griegas, irreprochables de forma pero debajo de cuya modulada superficie cuando más se ve palpar la carne y plegarse o dilatarse el músculo, no podía encontrar la fórmula de aquella estatua, a la vez incorrecta y hermosa, que sin tener la idealidad de forma del antiguo, antes por el contrario, rebosando vida real en ciertos detalles, tenía, sin embargo, en el más alto grado el ideal del sentimiento y la expresión. Inmóvil, las ropas cayendo a plomo y vistiendo de amplios partados de pliegues el tronco para detenerse, quebrando las líneas al tocar el pedestal, los ojos entornados, las manos cruzadas sobre un libro de oraciones, y el largo brial perdido entre las ondulaciones de la falda, podía asegurarse, hacía al menos el efecto de que debajo de aquel granito circulaba como un fluido sutil un espíritu que le prestaba aquella vida incomprendible, vida de idea sin movimiento y sin agitación, vida extraña que no he podido traslucir jamás en esas otras figuras, cuyas ropas mueve el aire al marchar, cuyas facciones se contraen o dilatan con una determinada expresión y que, a pesar de todo, son únicamente al tocar la meta de la perfección posible mármol que se mueve como un maravilloso autómatas, sin sentir ni pensar.

Indudablemente la fisonomía de aquella escultura reflejaba la de una persona que había existido. Podían observarse en ella ciertos detalles característicos que sólo se reproducen delante del natural o guardando un vivísimo recuerdo. Las obras de la imaginación tienen muchos puntos de contacto entre sí. Hay una belleza típica y uniforme hacia la que, así en lo bueno como en lo malo, se nota la tendencia: el placer y el dolor, la risa y el llanto tienen expresiones especiales,

consignadas por las reglas. La cabeza de aquella mujer rompía con todas las tradiciones, era hermosa sin ser perfecta; ofrecía rasgos tan propios como los que se notan en un retrato de la mano de un maestro, el cual tiene tanta personalidad, por decirlo así, que aun sin conocer el tipo a que se refiere, se siente la verdad de la semejanza. Cada mujer tiene su sonrisa propia y esa suave dilatación de los labios toma formas infinitas, perceptibles apenas, pero que les sirve de sello. La hermosa mujer de piedra que contemplaba extasiado, tenía asimismo una sonrisa suya, que le daba tal carácter y expresión que enamorarse de aquel gesto especial era enamorarse de aquella escultura, pues no sería posible hallar otra perfectamente semejante. Con los ojos entornados y los labios ligerísimamente entreabiertos parecía que pensaba algo agradable y que la luz de su pura e interior alegría se revelaba por medio de reflejos imperceptibles, como se acusa por la transparencia la luz que arde dentro de un vaso de alabastro. ¿Pero quién era aquella mujer? ¿Por qué capricho el escultor interrumpiendo la larga fila de graves personajes que rodean el ábside, había colocado en el sitio más escondido, es verdad, pero seguramente el que parecía más misterioso y como el santa sanctórum de toda la fábrica arquitectónica, aquella figura que tenía algo de ángel, pero que carecía de alas, que revelaba en su rostro la dulzura y la bondad de los bienaventurados, pe[ro que] no ostentaba sobre su cabeza el nimbo celeste [de los santos] y de los apóstoles? ¿Sería acaso recuerdo de una protectora del templo? No podía ser. Yo había visto posteriormente la oscura losa sepulcral que cubría los restos del fundador, prelado valeroso que contribuyó con un rey leonés a la reconquista de aquel pueblo, y en la capilla mayor a la

sombra de un lucillo realzado de gótica crestería, había tenido igualmente ocasión de examinar las tumbas con estatuas yacentes de los ilustres magnates que en época posterior restauraron la iglesia, imprimiéndole el carácter ojival. En ninguno de estos monumentos funerarios encontré un blasón que tuviese siquiera un cuartel del que se veía en la repisa de la estatua del ábside. ¿Quién podría ser entonces? Es muy común encontrar en las portadas de las catedrales, en los capiteles de los claustros y las entre ojivas de la urna de los sepulcros góticos multitud de figuras extrañas, y que sin embargo parece que se refieren a personajes reales, indescifrable simbolismo de los escultores de aquella época con el cual escribían a la manera que los egipcios en sus obeliscos, sátiras, tradiciones, páginas personales, caricaturas, o fórmulas cabalísticas de alquimia o adivinación. Cuando la inteligencia se ha acostumbrado a deletrear esos libros de piedra poco a poco se va haciendo la luz en el caos de líneas y accidentes que ofrecen a la mirada del profano, el cual necesita mucho tiempo y mucha tenacidad para iniciarse en sus fórmulas misteriosas y sorprender una a una las letras de su escritura jeroglífica. A fuerza de contemplación y meditaciones, yo había llegado por aquella época a deletrear algo del oscuro germanismo de los monumentos de la Edad Media; sabía buscar en el recodo más sombrío de los pilares acodillados el sillar que contenía la marca masónica de los constructores, calculaba con acierto el machón o la parte del muro que gravitaba sobre [el arca] de plomo o la piedra redonda en que se grababan [con el nombre] de secta del maestro, su escuadra, el martillo y la simbólica estrella de cinco puntas, o la cabeza del pájaro

que recuerda el ibis de los faraones. Una parábola, aun bajo el segundo velo, una alusión histórica o un rasgo de las costumbres, aunque ataviadas con el disfraz místico, no era fácil que pasase desapercibido a mis ojos si la hacía objeto de inspección minuciosa. No obstante, por más que buscaba la cifra del misterio, su- mando y restando la entidad de aquella figura con las que la rodeaban, por más que trataba de encontrar una relación entre ella y las creaciones de los capiteles y franjas, algunas de efecto microscópico, y combinaba el todo con la idea del diablo que abrazaba el escudo, gimiendo bajo el peso de la repisa, nunca veía claro, nunca me era posible explicarme el verdadero objeto, el sentido oculto, la idea particular que movió al autor de la imagen para modelarla con tanto amor e imprimirle tan extraordinario sello de realismo. Cierto que algunas veces creía ver flotar ante mi vista el hilo de luz que había de conducirme seguro a través del dédalo de confusas ideas de mi fantasía y por un momento se me figuraba encontrar y ver palpable la escondida relación de los versos sueltos de aquel maravilloso poema de piedra, en el cual se presentaba en primer término y rodeaba de ángeles y monstruos, de santos y de hijos de las tinieblas, la imagen de la desconocida dama, como Beatriz en la divina y terrible trilogía del genio florentino, pero también es verdad que, después de vislumbrar todo un mundo de misterios como iluminado por la breve luz de un relámpago, volvía a sumergirme en nuevas dudas y más profunda oscuridad.

Entregado a estas ideas pasaba días enteros...

## I

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de ese himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre  
domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo suspiros y risas,  
colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra capaz de encerrarle,  
y apenas ¡oh, hermosa! si teniendo en mis manos las tuyas  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

## II

Saeta que voladora cruza, arrojada al azar,  
y que no se sabe dónde temblando se clavará;  
hoja que del árbol seca arrebatada el vendaval,  
sin que nadie acierte el surco donde al polvo volverá.  
Gigante ola que el viento riza y empuja en el mar  
y rueda y pasa y se ignora qué playa buscando va.  
Luz que en cercos temblorosos brilla próxima a expirar,  
y que no se sabe de ellos cuál el último será.  
Eso soy yo que al acaso cruzo el mundo sin pensar  
de dónde vengo ni a dónde mis pasos me llevarán.

### III

Sacudimiento extraño que agita las ideas  
como huracán que empuja las olas en tropel.

Murmullo que en el alma  
se eleva y va creciendo como volcán que sordo  
anuncia que va a arder.

Deformes siluetas de seres imposibles,  
paisajes que aparecen como al través de un tul.

Colores que fundiéndose remedan en el aire  
los átomos del Iris que nadan en la luz.

Ideas sin palabras, palabras sin sentido;  
cadencias que no tienen ni ritmo ni compás.

Memorias y deseos  
de cosas que no existen; accesos de alegría,  
impulsos de llorar.

Actividad nerviosa  
que no halla en qué emplearse;  
sin riendas que le guíen caballo volador.

Locura que el espíritu exalta y desfallece;  
embriaguez divina del genio creador.

Tal es la inspiración.

Gigante voz que el caos ordena en el cerebro  
y entre las sombras hace la luz aparecer,  
brillante rienda de oro que poderosa  
enfrena de la exaltada mente el volador corcel.

Hilo de luz que en haces los pensamientos ata,  
sol que las nubes rompe y toca en el cenit.

Inteligente mano  
que en un collar de perlas consigue  
las indóciles palabras reunir.

Armonioso ritmo  
que con cadencia y número las fugitivas notas  
encierra en el compás.

Cinzel que el bloque muerde la estatua modelando,  
y la belleza plástica añade a la ideal.

Atmósfera en que giran con orden las ideas,  
cual átomos que agrupa recóndita atracción.

Raudal en cuyas ondas su sed la fiebre apaga,  
descanso en que el espíritu recobra su vigor.

Tal es nuestra razón.

Con ambas siempre en lucha y de ambas vencedor,  
tan sólo al genio es dado a un yugo atar las dos.



#### IV

No digáis que agotado su tesoro, de asuntos falta,  
enmudeció la lira;  
podrá no haber poetas; pero siempre habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso palpiten encendidas,  
mientras el sol las desgarradas nubes de fuego y oro vista,  
mientras el aire en su regazo lleve perfumes y armonías,  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!

Mientras la humana ciencia no descubra las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo que al cálculo resista,  
mientras la humanidad siempre avanzando  
no sepa a do camina,  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma, sin que los labios rían;  
mientras se llore, sin que el llanto acuda a nublar la pupila;  
mientras el corazón y la cabeza batallando prosigan,  
mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran,  
mientras responda el labio suspirando al labio que suspira,  
mientras sentirse puedan en un beso dos almas confundidas,  
mientras exista una mujer hermosa  
¡habrá poesía!

V

Espíritu sin nombre, indefinible esencia,  
yo vivo con la vida sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,  
del sol tiemblo en la hoguera,  
palpito entre las sombras  
y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro de la lejana estrella,  
yo soy de la alta luna la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube que en el ocaso ondea,  
yo soy del astro errante la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres, soy fuego en las arenas,  
azul onda en los mares y espuma en las riberas.  
En el laúd soy nota, perfume en la violeta,  
fugaz llama en las tumbas y en las ruinas yedra.

Yo atrueno en el torrente y silbo en la centella  
y ciego en el relámpago y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores, susurro en la alta yerba,  
suspiro en la onda pura y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos del humo que se eleva  
y al cielo lento sube en espiral inmensa.

Yo en los dorados hilos que los insectos cuelgan,  
me mezclo entre los árboles en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas que en la corriente fresca  
del cristalino arroyo desnudas juegan.

Yo en bosques de corales  
que alfombran blancas perlas, persigo en el océano  
las náyades ligeras.

Yo en las cavernas cóncavas  
do el sol nunca penetra, mezclándome a los gnomos  
contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos las ya borradas huellas  
y sé de esos imperios  
de que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo los mundos que voltean,  
y mi pupila abarca  
la creación entera.

Yo sé de esas regiones a do un rumor no llega,  
y donde informes astros  
de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo el puente que atraviesa,  
yo soy la ignota escala  
que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible anillo que sujeta  
el mundo de la forma al mundo de la idea.

Yo en fin soy ese espíritu,  
desconocida esencia,  
perfume misterioso  
de que es vaso el poeta.

## VI

Como la brisa que la sangre orea sobre el oscuro campo de batalla, cargada de perfumes y armonías en el silencio de la noche vaga. Símbolo del dolor y la ternura, del bardo inglés en el horrible drama, la dulce Ofelia, la razón perdida, cogiendo flores y cantando pasa.

## VII

Del salón en el ángulo oscuro, de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo, veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas, como el pájaro duerme en  
las ramas, esperando la mano de nieve que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio así duerme en el fondo del  
alma, y una voz como Lázaro espera que le diga «Levántate y anda»!

## VIII

¡Cuando miro el azul horizonte perderse a lo lejos,  
al través de una gasa de polvo dorado e inquieto,  
me parece posible arrancarme del mísero suelo  
y flotar con la niebla dorada en átomos leves  
cual ella deshecho!

Cuando miro de noche en el fondo oscuro del cielo  
las estrellas temblar como ardientes pupilas de fuego,  
me parece posible a dó brillan subir en un vuelo,  
y anegarme en su luz, y con ellas en lumbre encendido  
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo ni aún sé lo que creo;  
sin embargo estas ansias me dicen que yo llevo algo  
divino aquí dentro.

## IX

Besa el aura que gime blandamente las leves ondas que jugando riza; el sol besa a la nube en occidente y de púrpura y oro la matiza; la llama en derredor del tronco ardiente por besar a otra llama se desliza y hasta el sauce inclinándose a su peso al río que le besa, vuelve un beso.

## X

Los invisibles átomos del aire en derredor palpitan y se inflaman, el cielo se deshace en rayos de oro, la tierra se estremece alborozada. Oigo flotando en olas de armonías rumor de besos y batir de alas; mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?

¿Dime?... ¡Silencio! ¡Es el amor que pasa!

## XI

-Yo soy ardiente, yo soy morena, yo soy el símbolo de la pasión, de ansia de goces mi alma está llena.

¿A mí me buscas?

-No es a ti: no.

-Mi frente es pálida, mis trenzas de oro, puedo brindarte dichas sin fin. Yo de ternura guardo un tesoro.

¿A mí me llamas?

-No: no es a ti.

-Yo soy un sueño, un imposible, vano fantasma de niebla y luz; soy incorpórea, soy intangible: no puedo amarte.

-¡Oh, ven; ven tú!

## XII

Porque son, niña, tus ojos verdes como el mar te quejas; verdes los tienen las náyades, verdes los tuvo Minerva, y verdes son las pupilas de las hurís del Profeta.

El verde es gala y ornato del bosque en la primavera. Entre sus siete colores brillante el Iris lo ostenta. Las esmeraldas son verdes, verde el color del que espera y las ondas del Océano y el laurel de los poetas. Es tu mejilla temprana rosa de escarcha cubierta, en que el carmín de los pétalos se ve al través de las perlas.

Y sin embargo, sé que te quejas, porque tus ojos crees que la afean: pues no lo creas. Que parecen sus pupilas, húmedas, verdes e inquietas, tempranas hojas de almendro que al soplo del aire tiemblan. Es tu boca de rubíes purpúrea granada abierta que en el estío convida a apagar la sed con ella.

Y sin embargo, sé que te quejas, porque tus ojos crees que la afean: pues no lo creas. Que parecen, si enojada tus pupilas centellean, las olas del mar que rompen en las cantábricas peñas. Es tu frente que corona crespo el oro en ancha trenza, nevada cumbre en que el día su postrera luz refleja.

Y sin embargo, sé que te quejas, porque tus ojos crees que la afean: pues no lo creas. Que, entre las rubias pestañas, junto a las sienes, semejan broches de esmeralda y oro que un blanco armiño sujetan. Porque son, niña, tus ojos verdes como el mar te quejas; quizás si negros o azules se tornasen lo sintieras.

### **XIII**

Tu pupila es azul y cuando ríes su claridad suave me recuerda el trémulo fulgor de la mañana que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul y cuando lloras las transparentes lágrimas en ella se me figuran gotas de rocío sobre una violeta.

Tu pupila es azul y si en su fondo como un punto de luz radia una idea me parece en el cielo de la tarde una perdida estrella.

### **XIV**

Te vi un punto y flotando ante mis ojos la imagen de tus ojos se quedó, como la mancha oscura orlada en fuego que flota y ciega si se mira al sol.

Y dondequiera que la vista clavo torno a ver sus pupilas llamear; mas no te encuentro a ti, que es tu mirada, unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro desasidos fantásticos lucir: cuando duermo los siento que se ciernen de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche llevan al caminante a perecer: yo me siento arrastrado por tus ojos, pero adónde me arrastran no lo sé.



## XV

Cendal flotante de leve bruma, rizada cinta de blanca espuma,  
rumor sonoro de arpa de oro, beso del aura, onda de luz, eso eres tú.

¡Tú, sombra aérea, que cuantas veces voy a tocarte te  
desvaneces.

Como la llama, como el sonido, como la niebla, como el  
gemido del lago azul!

En mar sin playas onda sonante, en el vacío cometa errante,  
largo lamento del ronco viento, ansia perpetua de algo mejor, eso soy  
yo.

¡Yo, que a tus ojos en mi agonía los ojos vuelvo de noche y  
día; yo, que incansable corro y demente tras una sombra, tras la hija  
ardiente de una visión!

## XVI

Si al mecer las azules campanillas de tu balcón  
crees que suspirando pasa el viento murmurador,  
sabe que oculto entre las verdes hojas suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas vago rumor,  
crees que por tu nombre te ha llamado lejana voz,  
sabe que entre las sombras que te cercan te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche tu corazón,  
al sentir en tus labios un aliento abrasador,  
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo respiro yo.

## **XVII**

Hoy la tierra y los cielos me sonrén,  
hoy llega al fondo de mi alma el sol,  
hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado...  
¡hoy creo en Dios!

## **XVIII**

Fatigada del baile,  
encendido el color, breve el aliento, apoyada en mi brazo  
del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa  
que levantaba el palpitante seno, una flor se mecía  
en compasado y dulce movimiento.

Como en cuna de nácar  
que empuja el mar y que acaricia el céfiro, tal vez allí dormía  
al soplo de sus labios entreabiertos.

¡Oh! ¡quién así, pensaba,  
dejar pudiera deslizarse el tiempo!  
¡Oh! si las flores duermen,  
¡qué dulcísimo sueño!

**XIX**

Cuando sobre el pecho inclinas la melancólica frente,  
una azucena tronchada me pareces.

Porque al darte la pureza de que es símbolo celeste,  
como a ella te hizo Dios de oro y nieve.

**XX**

Sabe si alguna vez tus labios rojos queman invisible atmósfera  
abrasada, que el alma que hablar puede con los ojos también puede  
besar con la mirada.

**XXI**

¿Qué es poesía?,  
dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul;  
¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.

**XXII**

¿Cómo vive esa rosa que has prendido junto a tu corazón?  
Nunca hasta ahora contemplé en el mundo  
junto al volcán la flor.

**XXIII**

Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo; por un  
beso... ¡yo no sé qué te diera por un beso!

## **XXIV**

Dos rojas lenguas de fuego  
que a un mismo tronco enlazadas se aproximan,  
y al besarse forman una sola llama.

Dos notas que del laúd  
a un tiempo la mano arranca,  
y en el espacio se encuentran y armoniosas se abrazan.

Dos olas que vienen juntas a morir sobre una playa  
y que al romper se coronan con un penacho de plata.

Dos jirones de vapor que del lago se levantan,  
y al juntarse allá en el cielo forman una nube blanca.

Dos ideas que al par brotan,  
dos besos que a un tiempo estallan, dos ecos que se confunden,  
eso son nuestras dos almas.

## **XXV**

Quando en la noche te envuelven las alas de tul del sueño y tus tendidas pestañas semejan arcos de ébano, por escuchar los latidos de tu corazón inquieto y reclinar tu dormida cabeza sobre mi pecho, diera, alma mía, cuanto poseo, ¡la luz, el aire y el pensamiento!

Quando se clavan tus ojos en un invisible objeto y tus labios ilumina de una sonrisa el reflejo, por leer sobre tu frente el callado

pensamiento que pasa como la nube del mar sobre el ancho espejo, diera, alma mía, cuanto deseo, ¡la fama, el oro, la gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua y se apresura tu aliento, y tus mejillas se encienden y entornas tus ojos negros, por ver entre sus pestañas brillar con húmedo fuego la ardiente chispa que brota del volcán de los deseos, diera, alma mía, por cuanto espero, la fe, el espíritu, la tierra, el cielo.

## XXVI

Voy contra mi interés al confesarlo, no obstante, amada mía, pienso cual tú que una oda sólo es buena de un billete del Banco al dorso escrita.

No faltará algún necio que al oírlo se haga cruces y diga:

Mujer al fin del siglo diez y nueve material y prosaica...  
¡Boberías!

¡Voces que hacen correr cuatro poetas que en invierno se embozan con la lira!

¡Ladridos de los perros a la luna! Tú sabes y yo sé que en esta vida, con genio es muy contado el que la escribe, y con oro cualquiera hace poesía.

## XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte, dormida, me atrevo a verte; por eso, alma de mi alma, yo velo mientras tú duermes.

Despierta ríes y al reír tus labios inquietos me parecen relámpagos de grana que serpean sobre un cielo de nieve.

Dormida, los extremos de tu boca pliegan sonrisa leve,  
suave como el rastro luminoso que deja un sol que muere.  
¡Duerme!

Despierta miras y al mirar, tus ojos húmedos resplandecen,  
como la onda azul en cuya cresta chispeando el sol hiere.  
Al través de tus párpados, dormida, tranquilo fulgor vierten,  
cual derrama de luz templado rayo lámpara transparente.  
¡Duerme!

Despierta hablas y al hablar, vibrantes tus palabras parecen  
lluvia de perlas que en dorada copa se derrama a torrentes.  
Dormida en el murmullo de tu aliento acompasado y tenue  
escucho yo un poema que mi alma enamorada entiende.  
¡Duerme!

Sobre el corazón la mano  
me he puesto porque no suene su latido y de la noche  
turbe la calma solemne.  
De tu balcón las persianas cerré ya porque no entre  
el resplandor enojoso  
de la aurora y te despierte.  
¡Duerme!

## XXVIII

Cuando entre la sombra oscura perdida una voz murmura turbando su triste calma, si en el fondo de mi alma la oigo dulce resonar, dime: ¿es que el viento en sus giros se queja, o que tus suspiros me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana rojo brilla a la mañana y mi amor tu sombra evoca, si en mi boca de otra boca sentir creo la impresión, dime: ¿es que ciego deliro, o que un beso en un suspiro me envía tu corazón?

Y en el luminoso día y en la alta noche sombría, si en todo cuanto rodea al alma que te desea te creo sentir y ver, dime: ¿es que toco y respiro soñando, o que en un suspiro me das tu aliento a beber?

## XXIX

La bocca mi bacció tutto tremante...

Sobre la falda tenía el libro abierto,  
en mi mejilla tocaban sus rizos negros:  
no veíamos las letras ninguno, creo,  
mas guardábamos ambos hondo silencio.

¿Cuánto duró? Ni aun entonces pude saberlo.  
Sólo sé que no se oía más que el aliento,  
que apresurado escapaba del labio seco.

Sólo sé que nos volvimos los dos a un tiempo  
y nuestros ojos se hallaron y sonó un beso.

Creación de Dante era el libro, era su Infierno.

Cuando a él bajamos los ojos yo dije trémulo:  
¿Comprendes ya que un poema cabe en un verso?  
Y ella respondió encendida:  
-¡Ya lo comprendo!

### **XXX**

Asomaba a sus ojos una lágrima y a mi labio una frase- de  
perdón; habló el orgullo y se enjugó su llanto, y la frase en mis labios  
expiró.

Yo voy por un camino: ella, por otro; pero al pensar en nuestro  
mutuo amor, yo digo aún ¿por qué callé aquel día? Y ella dirá ¿por qué  
no lloré yo?

### **XXXI**

Nuestra pasión fue un trágico sainete en cuya absurda fábula  
lo cómico y lo grave confundidos risas y llanto arrancan.

Pero fue lo peor de aquella historia que al fin de la jornada  
a ella tocaron lágrimas y risas y a mí, sólo las lágrimas.



### XXXII

Pasaba arrolladora en su hermosura y el paso le dejé; ni aun a mirarla me volví, y, no obstante, algo a mi oído murmuró: «ésa es».

¿Quién reunió la tarde a la mañana?

Lo ignoro; sólo sé que en una breve noche de verano se unieron los crepúsculos, y... «fue».

### XXXIII

Es cuestión de palabras, y no obstante ni tú ni yo jamás, después de lo pasado, convendremos en quién la culpa está.

¡Lástima que el Amor un diccionario no tenga donde hallar cuando el orgullo es simplemente orgullo y cuando es dignidad!

### XXXIV

Cruza callada, y son sus movimientos silenciosa armonía: suenan sus pasos y al sonar recuerdan del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabren, aquellos ojos tan claros como el día, y la tierra y el cielo, cuanto abarcan arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas del agua fugitiva: llora, y es cada lágrima un poema de ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume, el color y la línea, la forma engendradora de deseos, la expresión, fuente eterna de poesía.

¿Qué es estúpida? ¡Bah! Mientras callando guarde oscuro el enigma, siempre valdrá lo que yo creo que calla más que lo que cualquiera otra me diga.

**XXXV**

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día me admiró tu cariño mucho más, porque lo que hay en mí que vale algo, eso... ni lo pudiste sospechar.

**XXXVI**

Si de nuestros agravios en un libro se escribiese la historia y se borrara en nuestras almas cuanto se borrara en sus hojas; te quiero tanto aún; dejó en mi pecho tu amor huellas tan hondas, que sólo con que tú borras una ¡las borra yo todas!

**XXXVII**

Antes que tú me moriré: escondido en las entrañas ya el hierro llevo con que abrió tu mano la ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré: y mi espíritu en su empeño tenaz se sentará a las puertas de la Muerte, esperándote allá.

Con las horas los días, con los días los años volarán, y a aquella puerta llamarás al cabo... ¿Quién deja de llamar?

Entonces que tú culpa y tus despojos la tierra guardará, lavándote en las ondas de la muerte como en otro Jordán.

Allí donde el murmullo de la vida temblando a morir va, como la ola que a la playa viene, silenciosa a expirar.

Allí donde el sepulcro que se cierra abre una eternidad, todo cuanto los dos hemos callado allí lo hemos de hablar.

### XXXVIII

¡Los suspiros son aire y van al aire!

¡Las lágrimas son agua y van al mar! Dime, mujer, cuando el amor se olvida, ¿sabes tú a dónde va?

### XXXIX

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable, es altanera y vana y caprichosa: antes que el sentimiento de su alma, brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes, no hay una fibra que al amor responda; que es una estatua inanimada...; pero...

¡es tan hermosa!

### XL

Su mano entre mis manos, sus ojos en mis ojos, la amorosa cabeza apoyada en mi hombro, Dios sabe cuántas veces con paso perezoso hemos vagado juntos bajo los altos olmos que de su casa prestan misterio y sombra al pórtico.

Y ayer... un año apenas, pasado como un soplo, con qué exquisita gracia, con qué admirable aplomo, me dijo al presentarnos un amigo officioso:

«Creo que en alguna parte he visto a usted.» ¡Ah bobos, que sois de los salones comadres de buen tono y andabais allí a caza de galantes embrollos; qué historia habéis perdido, qué manjar tan sabroso para ser devorado sotto voce en un corro detrás del abanico de plumas y de oro!

¡Discreta y casta luna, copudos y altos olmos, paredes de su casa, umbrales de su pórtico, callad y que el secreto no salga de vosotros! Callad; que por mi parte yo lo he olvidado todo: y ella... ella, no hay máscara semejante a su rostro.

### **XLI**

Tú eras el huracán y yo la alta torre que desafía su poder:

¡tenías que estrellarte o que abatirme!

¡No pudo ser!

Tú eras el océano y yo la enhiesta roca

que firme aguarda su vaivén:

¡tenías que romperte o que arrancarme!

¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo: acostumbrados uno a arrollar,

el otro a no ceder:

la senda estrecha, inevitable el choque...

¡No pudo ser!

### **XLII**

Quando me lo contaron sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas, me apoyé contra el muro, y un instante la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche en ira y en piedad se anegó el alma ¡y entonces comprendí por qué se llora y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... con pena logré balbucear breves palabras... ¿quién me dio la noticia?... Un fiel amigo... Me hacía un gran favor... Le di las gracias.

### **XLIII**

Dejé la luz a un lado y en el borde de la revuelta cama me senté, mudo, sombrío, la pupila inmóvil clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así?

No sé: al dejarme la embriaguez horrible de dolor, expiraba la luz y en mis balcones reía el sol.

Ni sé tampoco en tan terribles horas en qué pensaba o que pasó por mí; sólo recuerdo que lloré y maldije, y que en aquella noche envejecí.

### **XLIV**

Como en un libro abierto

leo de tus pupilas en el fondo.

¿A qué fingir el labio

risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences

de confesar que me quisiste un poco.

¡Llora! Nadie nos mira.

Ya ves; yo soy un hombre... y también lloro.

## **XLV**

En la clave del arco mal seguro cuyas piedras el tiempo enrojeció, obra de cincel rudo campeaba el gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito, la yedra que colgaba en derredor daba sombra al escudo en que una mano tenía un corazón.

A contemplarle en la desierta plaza nos paramos los dos.

Y, ese, me dijo, es el cabal emblema de mi constante amor.

¡Ay! es verdad lo que me dijo entonces:

Verdad que el corazón lo llevará en la mano... en cualquier parte... pero en el pecho no.

## **XLVI**

Me ha herido recatándose en las sombras, sellando con un beso su traición.

Los brazos me echó al cuello y por la espalda partióme a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino, feliz, risueña, impávida, ¿y por qué? Porque no brota sangre de la herida, porque el muerto está en pie.

## **XLVII**

Yo me he asomado a las profundas simas de la tierra y del cielo, y les he visto el fin o con los ojos o con el pensamiento.

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo y me incliné un momento, y mi alma y mis ojos se turbaron:

¡Tan hondo era y tan negro!

### **XLVIII**

Como se arranca el hierro de una herida su amor de las entrañas me arranqué, aunque sentí al hacerlo que la vida me arrancaba con él.

Del altar que le alcé en el alma mía la Voluntad su imagen arrojó, y la luz de la fe que en ella ardía ante el ara desierta se apagó.

Aun para combatir mi firme empeño viene a mi mente su visión tenaz...

¡Cuándo podré dormir con ese sueño en que acaba el soñar!

### **XLIX**

Alguna vez la encuentro por el mundo

y pasa junto a mí,

y pasa sonriéndose y yo digo

¿Cómo puede reír?

Luego asoma a mi labio otra sonrisa

máscara del dolor,

y entonces pienso:

-Acaso ella se ríe, como me río yo.

### **L**

Lo que el salvaje que con torpe mano hace de un tronco a su capricho un dios y luego ante su obra se arrodilla, eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales a un fantasma de la mente ridícula invención y hecho el ídolo ya, sacrificamos en su altar nuestro amor.

## LI

De lo poco de vida que me resta diera con gusto los mejores años, por saber lo que a otros de mí has hablado.

Y esta vida mortal y de la eterna lo que me toque, si me toca algo, por saber lo que a solas de mí has pensado.

## LII

Olas gigantes que os rompéis bramando  
en las playas desiertas y remotas,  
envuelto entre la sábana de espumas,  
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis del alto bosque  
las marchitas hojas, arrastrado en el ciego torbellino,  
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo  
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,  
arreatado entre la niebla oscura,  
¡llevadme con vosotras!

Llevadme por piedad a donde el vértigo  
con la razón me arranque la memoria.  
¡Por piedad!  
¡Tengo miedo de quedarme con mi dolor a solas!



**LIII**

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y otra vez con el ala a sus cristales  
jugando llamarán.

Pero aquéllas que el vuelo refrenaban tu hermosura  
y mi dicha a contemplar,  
aquéllas que aprendieron nuestros nombres...  
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas  
de tu jardín las tapias a escalar  
y otra vez a la tarde aún más hermosas  
sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer como lágrimas del día...  
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes a sonar,  
tu corazón de su profundo sueño tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas  
como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido...  
desengáñate, así...  
¡no te querrán!

#### LIV

Cuando volvemos las fugaces horas del pasado a evocar,  
temblando brilla en sus pestañas negras  
una lágrima pronta a resbalar.  
Y al fin resbala y cae como gota de rocío  
al pensar que cual hoy por ayer,  
por hoy mañana volveremos los dos a suspirar.

#### LV

Entre el disorde estruendo de la orgía acarició mi oído como  
nota de música lejana, el eco de un suspiro.

El eco de un suspiro que conozco, formado de un aliento que  
he bebido, perfume de una flor que oculta crece en un claustro  
sombrió.

Mi adorada de un día, cariñosa,

-¿En qué piensas? me dijo:

-En nada... -En nada ¿y lloras?- Es que tengo alegre la tristeza  
y triste el vino.

## LVI

Hoy como ayer, mañana como hoy,  
¡y siempre igual!

Un cielo gris, un horizonte eterno y andar... andar.

Moviéndose a compás como una estúpida máquina el corazón:  
la torpe inteligencia del cerebro dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso, buscándole sin fe;  
fatiga sin objeto, ola que rueda ignorando por qué.

Voz que incesante con el mismo tono canta el mismo cantar,  
gota de agua monótona que cae y cae sin cesar.

Así van deslizándose los días unos de otros en pos,  
hoy lo mismo que ayer... y todos ellos sin gozo ni dolor.

¡Ay! ¡a veces me acuerdo suspirando del antiguo sufrir!  
¡Amargo es el dolor, pero siquiera padecer es vivir!

## **LVII**

Este armazón de huesos y pellejo de pasear una cabeza loca se halla cansado al fin y no lo extraño pues aunque es la verdad que no soy viejo, de la parte de vida que me toca en la vida del mundo, por mi daño he hecho un uso tal, que juraría que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera, no podría decir que no he vivido; que el sayo, al parecer nuevo por fuera, conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí; ¡pese a mi estrella! harto lo dice ya mi afán doliente; que hay dolor que al pasar su horrible huella graba en el corazón, si no en la frente.

## **LVIII**

¿Quieres que de ese néctar delicioso no te amargue la hez?  
Pues aspírale, acércale a tus labios y déjale después.

¿Quieres que conservemos una dulce memoria de este amor?  
Pues amémonos hoy mucho y mañana digámonos, ¡adiós!

## **LIX**

Yo sé cuál el objeto de tus suspiros es.

Yo conozco la causa de tu dulce secreta languidez.

¿Te ríes...? Algún día sabrás, niña, por qué:

Tú lo sabes apenas

Y yo lo sé.

Yo sé cuándo tú sueñas, y lo que en sueños ves;  
como en un libro puedo lo que callas en tu frente leer.  
¿Te ríes...? Algún día sabrás, niña, por qué:  
Tú lo sabes apenas y yo lo sé.

Yo sé por qué sonrías y lloras a la vez:  
yo penetro en los senos misteriosos de tu alma de mujer.

¿Te ríes...? Algún día sabrás, niña, por qué;  
mientras tú sientes mucho y nada sabes,  
yo que no siento ya, todo lo sé.

## LX

Mi vida es un erial,  
flor que toco se deshoja;  
que en mi camino fatal alguien va  
sembrando el mal para que yo lo recoja.

## LXI

Al ver mis horas de fiebre e insomnio lentas pasar, a la orilla de  
mi lecho, ¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano tienda próximo a expirar buscando  
una mano amiga, ¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie de mis ojos el cristal, mis párpados  
aún abiertos, ¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene (si suena en mi funeral), una oración al oírla, ¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos opriman la tierra ya, sobre la olvidada fosa, ¿quién vendrá a llorar?

¿Quién en fin al otro día, cuando el sol vuelva a brillar, de que pasé por el mundo quién se acordará?

## LXII

Primero es un albor trémulo y vago, raya de inquieta luz que corta el mar; luego chispea y crece y se difunde en gigante explosión de claridad.

La brilladora lumbre es la alegría; la temerosa sombra es el pesar: ¡Ay! en la oscura noche de mi alma, ¿cuándo amanecerá?

## LXIII

Como enjambre de abejas irritadas, de un oscuro rincón de la memoria salen a perseguirme los recuerdos de las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil! Me rodean, me acosan, y unos tras otros a clavarme viene el agudo aguijón que el alma encona.

## LXIV

Como guarda el avaro su tesoro, guardaba mi dolor; le quería probar que hay algo eterno a la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano y oigo al tiempo que le acabó, decir: ¡ah, barro miserable, eternamente no podrás ni aun sufrir!

### LXV

Llegó la noche y no encontré un asilo  
¡y tuve sed!... mis lágrimas bebí;  
¡y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos cerré para morir!

¿Estaba en un desierto?  
Aunque a mí oído de las turbas llegaba el ronco hervir,  
yo era huérfano y pobre...  
¡El mundo estaba desierto... para mí!

### LXVI

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero de los senderos  
busca; las huellas de unos pies ensangrentados sobre la roca dura, los  
despojos de un alma hecha jirones en las zarzas agudas, te dirán el  
camino que conduce a mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste de los páramos cruza,  
valle de eternas nieves y de eternas melancólicas brumas.

En donde esté una piedra solitaria sin inscripción alguna, donde  
habe el olvido, allí estará mi tumba.

### LXVII

¡Qué hermoso es ver el día coronado de fuego levantarse, y a  
su beso de lumbre brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es tras la lluvia del triste Otoño en la azulada  
tarde, de las húmedas flores el perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es cuando en copos la blanca nieve silenciosa  
cae, de las inquietas llamas ver las rojizas lenguas agitarse!

¡Qué hermoso es cuando hay sueño dormir bien... y roncar  
como un sochantre... y comer... y engordar... ¡y qué desgracia que esto  
sólo no baste!

### **LXVIII**

No sé lo que he soñado en la noche pasada.  
Triste, muy triste debió ser el sueño  
pues despierto la angustia me duraba.

Noté al incorporarme húmeda la almohada  
y por primera vez sentí, al notarlo,  
de un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño que llanto nos arranca,  
más tengo en mi tristeza una alegría...  
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

### **LXIX**

Al brillar un relámpago nacemos  
y aún dura su fulgor cuando morimos;  
¡tan corto es el vivir!  
La Gloria y el Amor tras que corremos  
sombras de un sueño son que perseguimos;  
¡despertar es morir!



**LXX**

¡Cuántas veces al pie de las musgosas paredes que la guardan,  
oí la esquila que al mediar la noche a los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi silueta la luna plateada junto a la del  
ciprés, que de su huerto se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía de su ojiva calada

¡Cuántas veces temblar sobre los vidrios vi el fulgor de la  
lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros de la torre silbara, del  
coro entre las voces percibía su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso por la desierta plaza  
se atrevía a cruzar, al divisarme el paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno dijese a la mañana, que de  
algún sacristán muerto en pecado acaso era yo el alma.

A oscuras conocía los rincones del atrio y la portada; de mis  
pies las ortigas que allí crecen las huellas tal vez guardan.

Los búhos, que espantados me seguían con sus ojos de llamas,  
llegaron a mirarme con el tiempo como a un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles se movían a rastras, ¡hasta los  
mudos santos de granito creo que me saludaban!

## LXXI

No dormía; vagaba en ese limbo en que cambian de forma los objetos, misteriosos espacios que separan la vigilia del sueño.

Las ideas que en ronda silenciosa daban vueltas en torno a mi cerebro, poco a poco en su danza se movían con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos los párpados velaban el reflejo; mas otra luz el mundo de visiones alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído un rumor semejante al que en el templo vaga confuso al terminar los fieles con un Amén sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste que por mi nombre me llamó a lo lejos, y sentí olor de cirios apagados, de humedad y de incienso.

Entró la noche y del olvido en brazos caí cual piedra en su profundo seno:

Dormí, y al despertar exclamé: «¡Alguno que yo quería ha muerto!»

## LXXII

Primera voz

Las ondas tienen vaga armonía, las violetas suave olor, brumas de plata la noche fría, luz y oro el día, yo algo mejor; ¡yo tengo Amor!

Segunda voz

Aura de aplausos, nube radiosa, ola de envidia que besa el pie, isla de sueños donde reposa el alma ansiosa, ¡dulce embriaguez la Gloria es!

Tercera voz

Ascuá encendida es el tesoro, sombra que huye la vanidad.  
Todo es mentira: la gloria, el oro. Lo que yo adoro sólo es verdad; ¡la  
Libertad!

Así los barqueros pasaban cantando la eterna canción y al  
golpe del remo saltaba la espuma y hiérala el sol.

-¿Te embarcas? gritaban, y yo sonriendo les dije al pasar:

Yo ya me he embarcado; por señas que aún tengo la ropa en la  
playa tendida a secar.

### LXXIII

Cerraron sus ojos que aún tenía abiertos, taparon su cara con un  
blanco lienzo, y unos sollozando, otros en silencio, de la triste alcoba  
todos se salieron.

La luz que en un vaso ardía en el suelo al muro arrojaba la  
sombra del lecho y entre aquella sombra veíase a intervalos dibujarse  
rígida la forma del cuerpo.

Despertaba el día y a su albor primero con sus mil ruidos  
despertaba el pueblo. Ante aquel contraste de vida y misterio, de luz y  
tinieblas, yo pensé un momento: ¡Dios mío, qué solos se quedan los  
muertos!

De la casa, en hombros lleváronla al templo, y en una capilla  
dejaron el féretro. Allí rodearon sus pálidos restos de amarillas velas y  
de paños negros. Al dar de las Ánimas el toque postrero, acabó una  
vieja sus últimos rezos, cruzó la ancha nave, las puertas gimieron y el  
santo recinto quedóse desierto.

De un reloj se oía compasado el péndulo y de algunos cirios el chisporroteo. Tan medroso y triste, tan oscuro y yerto todo se encontraba que pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

De la alta campana la lengua de hierro le dio volteando su adiós lastimero. El luto en las ropas, amigos y deudos cruzaron en fila formando el cortejo.

Del último asilo, oscuro y estrecho, abrió la piqueta el nicho a un extremo: allí la acostaron, tapiáronle luego, y con un saludo despidióse el duelo.

La piqueta al hombro el sepulturero, cantando entre dientes, se perdió a lo lejos. La noche se entraba, el sol se había puesto: perdido en las sombras, yo pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

En las largas noches del helado invierno, cuando las maderas crujir hace el viento y azota los vidrios el fuerte aguacero, de la pobre niña a veces me acuerdo.

Allí cae la lluvia con un son eterno: allí la combate el soplo del cierzo. Del húmedo muro tendida en el hueco,

¡acaso de frío se hielan sus huesos!...

¿Vuelve el polvo al polvo?

¿Vuela el alma al cielo?

¿Todo es, sin espíritu, podredumbre y cieno? No sé; pero hay algo que explicar no puedo, algo que repugna aunque es fuerza hacerlo, ¡a dejar tan tristes, tan solos los muertos!

#### LXXIV

Las ropas desceñidas, desnudas las espadas, en el dintel de oro de la puerta dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros que defienden la entrada, y de las dobles rejas en el fondo la vi confusa y blanca.

La vi como la imagen que en leve ensueño pasa, como rayo de luz tenue y difuso que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente deseo llena el alma; como atrae un abismo, aquel misterio hacia sí me arrastraba.

Más ¡ay! que de los ángeles parecían decirme las miradas  
-El umbral de esta puerta sólo Dios lo traspasa.

#### LXXV

¿Será verdad que cuando toca el sueño con sus dedos de rosa nuestros ojos, de la cárcel que habita huye el espíritu en vuelo presuroso?

¿Será verdad que, huésped de las nieblas, de la brisa nocturna al tenue soplo, alado sube a la región vacía a encontrarse con otros?

¿Y allí desnudo de la humana forma, allí los lazos terrenales rotos, breves horas habita de la idea el mundo silencioso?

¿Y ríe y llora y aborrece y ama y guarda un rastro del dolor y el gozo, semejante al que deja cuando cruza el cielo un meteoro?

Yo no sé si ese mundo de visiones vive fuera o va dentro de nosotros: pero sé que conozco a muchas gentes a quienes no conozco.

## LXXVI

En la imponente nave del templo bizantino, vi la gótica tumba a la indecisa luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho, y en las manos un libro, una mujer hermosa reposaba sobre la urna del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado al dulce peso hundido, cual si de blanda pluma y raso fuera se plegaba su lecho de granito.

De la sonrisa última el resplandor divino guardaba el rostro, como el cielo guarda del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra sentados en el filo, dos ángeles, el dedo sobre el labio, imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta; de los arcos macizos parecía dormir en la penumbra y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave al ángulo sombrío, con el callado paso que se llega junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento y aquel resplandor tibio, aquel lecho de piedra que ofrecía próximo al muro otro lugar vacío, en el alma avivaron la sed de lo infinito, el ansia de esa vida de la muerte para la que un instante son los siglos...

Cansado del combate en que luchando vivo, alguna vez me acuerdo con envidia de aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida mujer me acuerdo y digo:

¡Oh, qué amor tan callado, el de la muerte!

¡Qué sueño el del sepulcro, tan tranquilo!

**Gustavo Adolfo Bécquer**

# Rimas

Windmills Editions  
California - USA

